

**MARIA TILA URIBE: Los Años Escondidos. Sueños y
Rebeldías en la Década del Veinte. CESTRA-CEREC.
Santafé de Bogotá, 1994. 353 págs.**

**SOCIALISMO Y NOSTALGIA. LOS NUEVOS HISTORIADORES
DE LOS AÑOS 20 EN COLOMBIA**

A raíz de la publicación de la UNAM de México en coedición con la Universidad del Cauca, en Colombia, del libro de Diego Jaramillo Salgado*, el libro de María Tila Uribe, hija de Tomás Uribe Márquez, uno de los principales dirigentes de ese importante movimiento político que fue el Partido Socialista Revolucionario (PSR) fundado en 1926, merece algunos comentarios y provoca algunas reflexiones. Si el libro de Jaramillo logra darnos una visión amplia, nueva y desapasionada del socialismo de 1919, el de Tila Uribe hace lo propio con el socialismo revolucionario de 1926. Si antes estos socialismos fue-

ron vistos como etapas de un proyecto nacido en 1930, ahora son analizados desde sus propias dinámicas.

Todas las historias de los partidos comunistas se escribieron considerando las etapas revolucionarias previas a su fundación como períodos equivocados, románticos, voluntaristas y erráticos. Sus protagonistas habían sido hombres débiles que cargaban con la culpa de un sinnúmero de errores y acusados de no haber alcanzado un nivel que les hubiera permitido la comprensión de las leyes de la sociedad. Sólo se salvaban, ante el juicio de la nueva historiografía, quienes asimilando el marxismo procuraban, además de su difusión, prenderlo, sobre todo, en la clase obrera y por supuesto quienes apostataban de su reciente pasado.

* Jaramillo Salgado, Diego. *Las Huellas del Socialismo*. México, Universidad Autónoma del Estado de México y Universidad del Cauca, Colombia, 1997, p. 187.

Desde la década de los años cincuenta, circulaba entre viejos, jóvenes y simpatizantes comunistas, un libro gordo de pasta dura que se llamaba **Historia del PCUS**, donde la historia del partido comunista ruso transcurría de congreso en congreso. No eran los acontecimientos vivos de la calle los que jalaban la historia rusa, sino los congresos del partido único. Se sabía de la historia de la URSS, por lo menos de la política, en la medida en que se asimilaban los contenidos desarrollados y aprobados en esos grandilocuentes eventos. Y los había célebres como el XX Congreso que había intentado sepultar la influencia estalinista. En ese libro, el socialismo ruso anterior a la creación del PCUS era interpretado de la misma manera como los historiadores (militantes) de los partidos comunistas del mundo entero empezaron a tratar los socialismos previos a la fundación de sus partidos. Para el PCUS, los socialistas rusos, esa brillante generación que se autodenominó populista, predecesores unos y contemporáneos otros de Lenin, no habían comprendido el marxismo. Argumentaban sus historiadores que las condiciones de atraso de la vida económica rusa, sin obreros todavía, sin su concentración en fábricas, no les había permitido asimilar las tablas sagradas del marxismo. Sólo Plejanov, el último populista y el primer mar-

xista, logró salvarse. Su traducción al ruso de **El Capital** fue la que se impuso ante una **sospechosa** que un poco antes había hecho el anarquista M. Bakunin. Durante mucho tiempo, los ideólogos soviéticos quisieron, si no esconder, minimizar el papel del socialismo revolucionario de Herzen y Chernicheski, para no mencionar más nombres. Empero, como eran hombres universales, fue imposible refundirlos. Habían hecho ruido y sus huellas estaban diseminadas por todas partes. Bakunin, Lavrov, Kropotkin se movían de un lado para otro.

Fueron, paradójicamente, políticos e ideólogos tercermundistas en pleno siglo XX, quienes rescataron e hicieron que esas figuras silenciadas en su propio país tuvieran vigencia en los procesos independentistas de Asia, Africa y en menor escala en América Latina. El modelo soviético de desarrollo no convenció a Sun Yat Tzen en la China ni tampoco a N'Krumah en Africa. No porque las condiciones del desarrollo de sus países no les permitiera comprender el marxismo sino porque estaban convencidos de la ineficacia del socialismo soviético y porque habían desarrollado una concepción del desarrollo distinta, más acorde con el socialismo ruso preleninista. La recepción y readecuación del populismo ruso a las condiciones de los países

que salían, apenas del colonialismo, obligó a los ideólogos del comunismo soviético a aceptar a sus propios precursores, aunque a regañadientes se inventaron nombres, con tal de que no fueran identificados como comunistas. Los denominaron **demócratas - revolucionarios**, si eran asiáticos o africanos y **nacional - reformistas** si se trataba de latinoamericanos. De Víctor Raúl Haya de la Torre, no se podría afirmar, por ejemplo, que no comprendiera el marxismo; tanto que su aprismo fue elaborado conscientemente como respuesta alternativa a las tesis de los marxistas. Haya de la Torre trascendió porque no fue absorbido, porque no se dejó silenciar por la Internacional Comunista y porque pudo crear un partido nuevo.

En Colombia, en cambio, fueron bien diferentes las cosas. La idea que se forma el lector al terminar el libro de María Tila Uribe es la de un nacimiento tristemente pobre del partido comunista colombiano. Es posible que no sea así, víctimas somos de la historiografía que leemos y peor si la asimilamos, pero ese partido surge por encima de las víctimas del PSR, aprovechándose de su tragedia, utilizando sus logros, desconociendo la autoridad de sus líderes, sin diálogo con las bases que eran las mismas del PSR y manejado como títere por la Internacional Comunista.

Así las cosas, el libro presenta la historia del PSR no como eslabón en la cadena que termina en la creación del comunismo prosoviético de 1930, sino como una experiencia original y colombiana, mucho más radical por supuesto que el socialismo del 19 que no es tratado diferenciadamente como lo hace Jaramillo. El que sea la hija de su principal protagonista no hace del libro un inventario de razones justificativas. Es importantísimo el libro por el tipo de información que ofrece. Escrito bajo la influencia de las nuevas formas de hacer historia, el libro destaca: lo humano de los personajes, el papel protagónico de las mujeres, de los adolescentes, de los jóvenes, de los hombres maduros, de los ancianos e incluso de un perro llamado Ney.

Vale la pena un comentario sobre el rescate de lo humano. Era una época en que no se conocía el stress ni la manera de combatirlo, ni existían tampoco las teorías que invitan hoy a la despreocupación, donde ni el yoga ni el psicoanálisis habían conquistado los espacios de hoy. Cada uno de los personajes del libreto de esta historia de los socialistas de los años veinte era un cuadro clínico. Tomás Uribe Márquez murió como consecuencia de los encarcelamientos, otros murieron en la huelga de los trabajadores

de las bananeras, otros en las manifestaciones públicas y el resto, antes de morir, quedó sumido en la miseria y el olvido. Nada de esto, de lo humano, importó a la hora del balance que sirvió de justificación para la creación del partido que le servía a la Internacional Comunista; como tampoco se tuvo en cuenta en las anteriores investigaciones sobre los socialismos de la década del veinte.

Otro de los aportes del libro de María Tila Uribe es el de haber acudido a la historia oral, a los recuerdos de personajes que vivieron esa época como proyecto de vida y el de darles directamente la oportunidad, sin manipulación teórica, de definir su socialismo: "Nosotros vivíamos el socialismo como una vía de solución de problemas tan graves como la miseria, el atraso —decía un exmilitante—. Desde ahí peleábamos contra esos lastres que nos limitaban tanto y colmábamos viejos anhelos, aquella frustración de una independencia a medias. No es que fuera una cuestión solamente de nombre pero llamarse socialista revolucionario era pensar por nosotros mismos, expresar rebeldías y conseguir avances" (p. 95). El libro presenta a los personajes viviendo sus vidas, sus presentes, sin las angustias teóricas de sus dirigentes primero y de sus historiadores después. Resulta así un mo-

vimiento político integrado por gentes que encontraban la felicidad en la militancia, en la mística y en la solución mutua a sus problemas cotidianos a través de la solidaridad.

El socialismo de los veinte ofrece al colombiano de entonces no sólo un ambiente diferente para la confrontación de sus ideas, sino un esparcimiento de nuevo tipo. La manifestación política adquiere otras dimensiones, la del espectáculo de las masas, donde los artistas, los nuevos políticos, proyectaban imágenes irreverentes y distintas a las de los caciques tradicionales. Ahora, las mujeres se abrían su propio espacio al punto de desplazar en unos casos a los hombres públicos, o cuando menos, alternarse con ellos en las concentraciones populares. María Cano estremeció la plaza pública colombiana en campañas contra el proyecto de pena de muerte en cuya mira estamos los revolucionarios; a favor de las ocho horas de trabajo y del descanso dominical remunerado.

* La lectura del libro de María Tila Uribe vivifica los espacios de la política de entonces, revive el desvencijado actualmente barrio de Las Cruces, memorable desde las jornadas de la independencia como cuna de inconformidad y nacimiento de ideas. En sus casonas convertidas en casas de quinto patio, vivían co-

mo inquilinos los trabajadores que los líderes socialistas denominaban obreros: zapateros, ferroviarios, carpinteros, choferes, cocheros. La autora revive la cotidianidad de las calles por donde transcurría la agitación y con la reivindicación del barrio, reconstruye las localidades de la sociabilidad política: la Liga de los Inquilinos, varias casas del pueblo, un peluquería, una tintorería y un almacén. En las primeras se desarrollaban las asambleas y tenían lugar un sinnúmero de actividades culturales a donde concurría buena parte del vecindario. En las segundas los militantes comentaban sobre los editoriales de los periódicos suyos y ajenos, conversaban de la vida cotidiana y redactaban documentos que dejaban para la lectura de quienes fueran llegando y, finalmente se daba cuenta del paradero de los líderes del movimiento. En esos sitios, cuenta la autora, se leía y se intercambiaban libros, revistas y periódicos. Los textos marxistas no hacían parte de las lecturas de la base popular socialista. Se leía literatura: la clásica universal y la colombiana y no faltaban los panfletos de José María Vargas Vila que tanto gustaban en la época.

María Tila Uribe deja en claro las maneras como los socialistas hacían la política. Eran desmesurados. Los compara con nuestros contemporáneos, los

Testigos de Jehová. De uno de los líderes anota: "[...]no paraba ni en domingos o feriados, lloviendo o en buen tiempo, tuviera o no salud [...]se le veía en las puertas de fábricas y talleres levantando audiencia en ciertas cigarrerías o cafés donde se encontraba la gente aunque no se citara, o en las esquinas destinadas para colocar carteles de noticias, o frente a los muros de la Iglesia de Santo Domingo, sitio en donde fijaban los letreos de las excomuniones" (p. 65).

Aunque no es el propósito de la autora, el registro de la llegada a Colombia en 1922 de los dos hombres más importantes del futuro PSR: Uribe Márquez y Francisco de Heredia, coincide con la desbandada de los socialistas del 19 y con un intento de sintonizar las nuevas formas de lucha política popular con el imaginario socialista internacional. Los recién llegados encuentran el socialismo de 1919 confundido y asediado por los radicales liberales y a un núcleo de la inteligencia bogotana entusiasmado con los aires renovadores de la Rusia soviética. Uribe y Heredia a su vez, venían impresionados con las transformaciones que vivía México producto de su revolución, pero también aterrados con los avances de los nacionalismos de derecha en Europa en los años de la primera posguerra. Más que

una revolución de tipo socialista les interesaba un proyecto integral de los países latinoamericanos que debería comenzar con la caída del gobierno local pero también que diera al traste con la tiranía de Juan Vicente Gómez. Más que sumarse al antiimperialismo que le convenía a Stalin, les interesaba crear un antinorteamericanismo continental que les permitiera obrar de manera inmediata contra las agresiones de los Estados Unidos. "Este tipo de sucesos internacionales —escribe María Tila— del Ecuador, Panamá, Venezuela y México tuvieron mucho peso en las publicaciones del PSR. Cada noticia, cada rumor que corriera sobre ciertos acontecimientos era trabajo para mover mimeógrafos y pequeñas rotativas, así multiplicaron la información de América Latina y el mundo destacando lo fundamental" (p. 138).

Ese proyecto, por fuerza natural necesitaba de la presencia de los sectores liberales interesados en la caída del conservatismo por la vía armada según la tradición heredada del siglo XIX. Su tipo de revolución tenía que ver con los movimientos que por la misma época aspiraban a derrotar los híbridos oligárquicos agroexportadores que permanecían en el poder en el continente prácticamente desde las guerras de independencia. Proceso que finalmente se da en la

mayoría de los países latinoamericanos coadyuvados por la gran depresión económica de 1930 y que produce lo que podríamos denominar **las revoluciones latinoamericanas de los años 30**. En unos países, como Brasil fueron un rotundo éxito. Lo cierto es que no hubo estado latinoamericano sin conmoción revolucionaria en el año 30. Aunque para Colombia, la información histórica sobre esa coyuntura no da todavía para una mediana teorización sobre el aspecto que menciono, es ése el universo político que acompañaba el pensamiento y la acción de Heredia y Uribe. De ahí su drama y la incompreensión por parte de la historiografía que los desfavorece.

La autora titula su libro **Los años escondidos**, para sacar a luz y reivindicar la lucha de los hombres del PSR. Pero, continúa escondida más información, la concerniente a las alianzas de los socialistas. ¿Quiénes eran los aliados?, esos liberales de viejo cuño que no renunciaban a los ideales que los movilizó a las guerras civiles; ¿los parlamentarios liberales?, aquellos que le caminaban a veces de frente y a veces por debajo de cuerda a la conspiración; ¿los oficiales retirados del ejército? Me atrevería a pensar que lo que le faltó al caso colombiano fue haberle metido burguesía, de la media y de la pequeña al pro-

ceso revolucionario. De haber sucedido así la configuración de fuerzas que se dio con la llegada de los liberales al poder en 1930 hubiera sido menos elitista y el pueblo hubiese estado más cerca de su integración a la sociedad.

La historiografía popular ha ocultado inconscientemente otras historias a la espera de historiadores. La gran impresión, y a lo mejor tengan razón los estudiosos del socialismo de los años 20, es que los socialistas fueron los únicos que lucharon, quienes llenaron la historia de ese período, quienes pusieron en la escena política las ideas, la agitación y los muertos. Y que el liberalismo obró como el gran oportunista que pescó en río revuelto y se hizo con el poder en 1930 gracias a que el socialismo les había hecho el favor de enfrentarse a la hegemonía. De ahí la importancia de unas palabras extractadas de una carta de López Pumarejo y que la autora inserta en su libro: "María Cano nos ha colocado a usted y a mí, como a los otros liberales de Colombia en una posición muy desairada. Confesémoslo cándidamente. Nosotros los liberales jamás nos habríamos atrevido a llevar al alma del pueblo la inconformidad con la miseria. En condiciones muy adversas, luchando con todo género de resistencias, Uribe Márquez, Torres Giraldo y María Cano ade-

lantan la organización de un nuevo partido político que lleva trazas de poner en jaque al régimen conservador" (p. 235).

¿Tan desbarajustado quedó el liberalismo después de la muerte de Uribe Uribe y Benjamín Herrera? ¿Los cambios en la estructura económica del país, la que produce un tipo nuevo de agitación política, los toma de sorpresa? Es decir, ¿no estaban preparados para enfrentar las nuevas condiciones? ¿Qué pasaba con las corrientes conservadoras adversas a los tutelares de la hegemonía? El discurso socialista, tanto en el libro de María Tila Uribe como en el de Diego Jaramillo, es reconstruido a partir de tres actores, resultando una especie de mesa con sólo tres patas: 1. Un gobierno que a través de una feroz represión logra desmantelarlos; 2. Ellos, los socialistas de 1919 y de 1926 y 3. Sus pares, los socialistas de 1929, oportunistas impenitentes pro-Tercera Internacional. Así las cosas, la cuarta pata de la mesa, el liberalismo, sus masas y sus intelectuales queda refundida. Es un vacío en la historia del período que tampoco se cubre acudiendo a las Ideas Liberales de Gerardo Molina ni a la extensa obra sobre cultura obrera de Mauricio Archila, sino con la realización de una investigación de carácter histórico sobre el liberalismo de los años veinte.

Sería muy útil para la historiografía colombiana de los veinte saber del impacto entre los liberales colombianos de los debates de la época sobre la pertinencia o no de los regímenes liberales en el continente y la acusación que se les hacía de su incapacidad de solucionar la problemática de las masas en general y de los trabajadores en particular. Estas discusiones, desarrolladas en el cono sur y producidas por el surgimiento de ese nuevo actor que fueron las masas populares (y no como carne de cañón en las recién pasadas guerras civiles) y que amedrantó a muchos ideólogos y que fueron agenciadas por el nacionalismo católico restaurador argentino, llegaron a Colombia. Sabemos de la receptividad en el seno del conservatismo a este renovado discurso y no nos resistimos a creer que los liberales hayan permanecido enmudecidos, viendo los toros desde

la barrera. Sería bueno, también, volver sobre la conspiración. Así como algunos historiadores de la Revolución Francesa justifican el terror por provenir de abajo, María Tila Uribe, comparte la creencia que tuvo María Cano de que el espíritu conspirativo estaba en las masas. Para la autora, la conspiración "se dio en la medida en que el régimen arreció su brutalidad, se agudizaron las secuelas del desempleo, la caída de los ingresos familiares, la crisis de los servicios públicos, las alzas en los víveres y por supuesto, las huelgas" (p. 129). Abogo entonces, por una investigación más de conjunto sobre la política en la década de los años veinte.

CESAR AUGUSTO AYALA DIA-GO. Ph.D. Universidad Nacional de Colombia. Santafé de Bogotá.

Florianópolis, marzo de 1998.